



POR LAS BUENAS O POR LAS MALAS

Hay frases que hielan la sangre en las venas en estos días revueltos en los que los delfines se agitan en las aguas. Fraga Iribarne tiene un estilo abrupto y tosco y ha sembrado con él, otra vez, sus escasos días en Madrid, su viaje desde la ilusión a la decepción. De entre su florilegio hay una frase realmente grave. Es aquella que dijo cuando presentaba el libro de Elorriaga "Democracia fuerte" —inquietante lema—, y dijo que el país va a entrar en una fase de reforma política que es inevitable "por las buenas o por las malas". Su equivalencia es clara: o es por las buenas, con él, o sin él sería por las malas. Como decía De Gaulle —y no fue el primero ni el último en plantear el dilema—: "O yo o el caos". Curiosamente, el gran caos se produjo por lo menos dos veces durante el Gobierno del general —la OAS, el mayo de 1968—, y no se produjo nunca más después de su retirada de la política. La noción de caos y la noción de orden que tienen muchos políticos es algo puramente subjetivo. Como la idea de subversión, de la que tanto se abusa en estos días.

Habrá personas que prefieran que el cambio se produzca por las malas, a condición de que su protagonista no sea Fraga; habrá personas que supongan que la reforma política de la que Fraga sea héroe será en sí por las malas. Y habrá quien crea que se puede hacer por las buenas a condición de que no respire Fraga Iribarne y se mantenga en su grata residencia de la Duquería —como llaman los ingleses a la plaza, al "square" donde está la Embajada española, que en otros tiempos fue residencia de duques: el último que se vio por allí fue al de Primo de Rivera—.

Lo que más sorprende de esta aventura fallida —por ahora, sólo por ahora— de Manuel Fraga Iribarne y las personas que arrastró a ella, es que no hayan podido prever hasta dónde no llegaba el juego asociativo. Lo que más sorprende es que no supieran a qué tenían que enfrentarse. ¿Cómo estando dentro no advirtieron que había otros más dentro que ellos? He aquí una falta de sagacidad que podría descalificar a un político que pretende instaurar tiempos de sagacidad.

"Juego limpio" pide Fraga; algún acólito se queja de que no lo haya del todo. Malas lenguas dicen que para Fraga el juego limpio hubiese estado en que le dieran veintiocho gobernadores civiles y un periódico, y el juego no limpio, en que les den a los otros todos los mandos de provincias y una red de periódicos y de emisoras de radio.

Mientras tanto, aquellos a los que nadie da nada, aquellos que ni siquiera lo piden, están fuera de juego. Abocados a la alternativa fraguista: "por las buenas o por las malas".

¡Disputas entre herederos! Vieja escena repetida por el teatro, la literatura, el grabado. Delfines en aguas turbias. Antes de que vuelva a España la gran política —la de las ideas, la de las ideologías, la de la busca de soluciones y la necesidad de la sanción pública—, está volviendo la pequeña política, la del puñal oculto a la espalda, la de la amenaza, la de la fuerza y la zancadilla. No parece que sea ése el camino. ■

POZUELO

bandera es blanca y verde, como la camiseta del Betis). Y Burgos se preguntaba si no habría ya alguna Marianita Pineda bordándolo. Pero —dice—: «No hablaba nada de separatismo. Nadie se va a inventar un separatismo que no hay».

El tercer trabajo cuestionado es original de Amparo Rubiales, profesora adjunta en la cátedra de Derecho Administrativo del rector Clavero Arévalo. Su artículo —«Un futuro regionalista para Andalucía»— trata el tema de la descentralización desde un punto de vista técnico y administrativo.

BALEARES

Miró ofrece, Mallorca rechaza

● Cuando Joan Miró cumplió ochenta años, los poetas mallorquines compusieron una serie de poemas en su honor, que, una vez coleccionados, formaron el libro «El vol de l'alosa» —«El vuelo de la alondra»— que el propio Miró cuidó de ilustrar.

Pedro Serra, periodista mallorquín que lleva más de trece años editando y dirigiendo el diario «Majorca Daily Bulletin», publicado en lengua inglesa, editó el libro —una auténtica joya— y convocó el Premi Internacional de Pintura Jove «Joan Miró», para artistas menores de veinticinco años y dotado con setenta mil pesetas.

Este certamen, patrocinado y organizado por el periódico mallorquín en lengua inglesa, debería ser asesorado por la dirección de la palmesana

Si en Madrid no han ido muy bien las cosas para el Sur; peor están allí. He aquí algo de lo que dice la prensa sevillana: «84.744 parados en Andalucía», «17.000 parados en Sevilla», «Se cierra la Universidad», «Mil quinientos estudiantes se encierran en el palacio de San Telmo», «Obreros despedidos se recluyen en la parroquia de la Candelaria»... Y problemas en Málaga, huelgas en el Marco jerezano y en la marisma almonteña. Y en la cuenca minera de Huelva «malestar de muchos grados».

Y etcétera, etcétera. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

sala Pelaires, galería de arte en la que el propio Joan Miró expone cuando lo hace en Palma y que, con motivo del octogésimo aniversario del pintor, expuso la serie de grabados que lleva el nombre de Mallorca, como homenaje de Miró a la isla de donde es oriundo, en la que nació su esposa y en que se halla afincado desde hace largos años, viviendo y trabajando en la casa y el taller diseñado por su gran amigo Josep Lluís Sert.

Ahora se ha fallado el premio en cuestión. Formaron el Jurado Moreno Galván, Manolo Hernández Mompó, Ciriaci Pellicer, Josep Meliá, Camilo José Cela Conde y el director de la sala Pelaires, Josep Pinya. En las paredes de la galería, cuarenta y cinco obras seleccionadas de las

ochenta recibidas de todos los continentes hasta donde había llegado la convocatoria del certamen.

El premio hubo de ser duplicado para que fuera un muchacho de Jaca, Enrique Iruste, de veintidós años, afincado hace bastantes en Mallorca, quien compartiera con un mallorquín, Pere Gelabert Balle, de veintuno, el honor, ya que no el importe, del primer premio de la edición inicial a la que seguirán sucesivas convocatorias anuales hasta un total de diez, según está previsto en principio.

Sin embargo, el primer problema se ha planteado ya. En Mallorca no existe ningún museo, ninguna sala pública, ninguna fundación, ninguna institución que pueda hacerse cargo de las dos obras premiadas, que quedan en poder de la organización, deseosa de entregarlas a la ciudad, la isla o la provincia.

Ante esta situación, Pedro Serra, patrocinador del concurso, ha decidido entregar las obras a la Fundación Miró, de Barcelona.

Y mientras el pintor homenajeado declara que el concurso es, en realidad, un homenaje a Mallorca, las obras viajarán a Barcelona, porque en la isla no existe una sola pared pública donde exhibirlas decentemente. Si a Miró se le ocurriera donar una colección de obras, éstas tendrían que guardarse embaldadas en algún lugar o ser colgadas de las paredes de las oficinas y despachos del Ayuntamiento de Palma o de la Diputación de Baleares, habiendo compañía a cientos de obras que llevan allí decenas y decenas de años y algunas el siglo.

Miró ha visitado la exposición de las obras concursantes, que se hallan expuestas en la sala Pelaires.

Allí ha mostrado su enorme vitalidad, sus deseos de seguir trabajando y viviendo.

En su estudio de So'n Abriñes ha montado su taller de grabado y en él trabaja sin tener en consideración ni siquiera su edad. Hay que arrancarle de la mesa en que graba para que coma, descansa o atienda a sus amistades.

«Tengo mucho trabajo —dice, ilusionado— y me siento joven, con ganas de terminar lo iniciado. Sólo me interesa, por ahora, el trabajo que tengo entre manos».

¿Qué significa este «por ahora»? Significa vitalidad, vitalidad. El mismo, al hablar del concurso y de la exposición, insiste: «En los trabajos presentados hay vida. Estoy realmente sorprendido de la



calidad media de los trabajos presentados. Ni el fallo, ni la cantidad tienen gran importancia. Lo que interesa es que los artistas jóvenes puedan ver apreciada su obra. Y esto es una prueba de vitalidad que me satisface. Hay vitalidad. Vitalidad. Vida». Miró sigue siendo vital.

Pero este «por ahora» también significa otra cosa. Significa que, por ahora, Miró sigue esperando que Palma, a través de su Ayuntamiento, acepte su oferta de donar una obra escultórica a la ciudad, concretamente para el Parque de Mar, actualmente en construcción. «Me gustaría, sí —dice, refiriéndose a ello—. La mitad de mis raíces son mallorquinas. Mi madre lo era y también mi mujer. De pequeño ya venía a pasar mis vacaciones a Mallorca. Sí, me gustaría, pero...».

Pero, ¿qué? Pues que el Ayuntamiento de Palma no se decide a aceptar su oferta. ¿Y por qué? Pues porque ya hubo problemas para aceptar el famoso estable-móvil «Nancy», de Alexander Calder, que éste,

tras exponerlo en la sede de la UNESCO, en París, y rechazar la oferta de compra del Ayuntamiento parisino, regaló a Palma.

Hubo reticencias y el estable-móvil, aún en precario en un jardín palmesano, fue abollado y doblado en el transcurso de una señalada noche de noviembre.

«Las cosas hay que hacerlas con cierta dignidad —dice Miró—. Me consta que si Alexander Calder donó su estable-móvil a Palma fue por mí. Y a Calder casi lo han tratado a patadas. No es manera, no».

Tratar a patadas a los genios no es un lujo único. Ya cuando el propio Miró cumplió setenta y cinco años estuvo a punto de frustrarse una exposición antológica y conmemorativa en Barcelona.

«Sí —recuerda el pintor—, pero el pueblo la quiso, la prensa la apoyó y el Ayuntamiento se vio forzado a colaborar. Aquí podría pasar lo mismo».

¿Pasará lo mismo en Palma? El Ayuntamiento tiene la palabra. ■ PLANAS SANMARTI.



Hay que ir decididamente a la sustitución de los exámenes y pruebas por la observación regular y continuada del alumno a lo largo del mayor tiempo posible.

ENSEÑANZA

Menos exámenes y más profesores

No hace mucho, los delegados del alumnado de doce Institutos de Enseñanza Media de Barcelona entregaron un escrito —suponemos que a las autoridades de Educación y Ciencia— planteando diversas peticiones.

Es reconfortante ver que también los estudiantes de Bachillerato han alcanzado ya la madurez humana y social necesarias para elegir representantes capaces de coordinarse, reunirse y presentar por escrito sus propuestas o sus reivindicaciones. Parece que el país, a diversos niveles, va haciendo el aprendizaje del sindicalismo representativo y de la gestión democrática, a pesar de los pesares. Y a despecho de quienes opinan que la cosa aún no está madura.

De los nueve puntos del escrito que recogía la agencia, los tres últimos —reconocimiento e inviolabilidad de los delegados, derecho de asamblea en los Institutos y asistencia de los delegados a Claustros y evaluaciones— son comunes a todo movimiento reivindicativo y responden a la necesidad de tales movi-

mientos de garantizar la representatividad de sus dirigentes o portavoces, de defenderlos del peligro de coacciones o represalias, de asegurar la democratización de sus decisiones y, en fin, de participar en las deliberaciones y decisiones de aquellos organismos donde se ventilan intereses que les conciernen.

Las seis primeras peticiones, en cambio, son cuestiones de fondo que tienden a corregir insuficiencias del sistema educativo o a paliar aquellos de sus defectos que parecen afectar más directamente a los actuales y futuros estudiantes de Bachillerato. Suponemos que gran parte del profesorado estará de acuerdo con muchas de esas peticiones, pues parece difícil negar la razón que asiste a esos representantes de los alumnos cuando solicitan más centros de Enseñanza Media y Superior, acceso libre a la Universidad y enseñanza gratuita.

En cambio, es fácil que las opiniones de los profesores y de los alumnos sean más discrepantes en lo que se refiere a la convocatoria de exámenes de febrero, cuya instituciona-

lización, al parecer, reclaman los chicos, y en lo concerniente a la posibilidad de pasar a COU con dos asignaturas pendientes, que asimismo reclaman.

A nuestro juicio, no son precisamente exámenes lo que falta en el actual sistema educativo español. Y hasta nos atreveríamos a decir que la multiplicación del número de exámenes, reválidas, pruebas de selección, etc., es indicio precisamente de carencias graves en dicho sistema. Pues el crear y desarrollar ese tipo de pruebas no puede obedecer más que a una cosa: a que el sistema educativo es de tal naturaleza que impide a la generalidad de los profesores convivir con sus alumnos lo suficiente como para dar opinión segura de cada uno de ellos sin necesidad de que éstos se jueguen la continuidad de sus estudios en una hora en una mañana.

Opinamos que hay que ir decididamente a la sustitución de los exámenes —conserven o no su nombre— y no digamos de las reválidas, pruebas de aptitud, de madurez, de selectividad, etc., por la observación regular y continuada del alumno a lo largo del mayor tiempo posible. Observación que debe culminar en el consejo orientador y no en la prueba selectiva, pues esta última es y será siempre motivo de frustración. Consejo de orientación que incluye, naturalmente, la posibilidad de desaconsejar al muchacho y a su familia el seguir tales o cuales estudios. Pero consejo auténtico, de persona a persona, en conversación privada, después de haber trabajado juntos durante varios meses o mejor varios años. No un juicio más o menos «objetivo» sobre el chico, estampado en una cartulina o, peor aún, reducido a una cifra, máxima

expresión de la absoluta burocratización a la que ha llegado la función docente y que, por desgracia, nos hemos habituado a ver como la cosa más natural. Consejo, en fin, que deberá respetar, para ser tal consejo y no una imposición disfrazada, el derecho del alumno y su familia a seguir o no seguir esa orientación. Lo que supone, es obvio, la libertad de acceso a la Universidad y a cualquier centro de enseñanza, como reclaman los mismos estudiantes de Barcelona en el escrito que estamos analizando.

Sin esta sustitución de los exámenes y de la selección por la convivencia, por la observación atenta y continuada de la personalidad y las diversas aptitudes del alumno y, en fin, por la opinión orientadora, no vinculante, que corone esos meses o años de trabajo en común, será inútil seguir hablando de democratizar la enseñanza por más que se amplíe la dotación para becas o por muchos centros de enseñanza que se inauguraran.

Pues, como bien dicen los expertos de la UNESCO, la democratización auténtica de la enseñanza no es sólo más educación para más gente, sino también mejor educación para la nueva gente. Es decir, educación personalizada para individuos con mayores dificultades de adaptación al sistema educativo, porque provienen de medios socio-culturales —como ya hemos tenido ocasión de exponer en estas páginas— en los que falta toda tradición cultural y educativa.

La igualdad de acceso a la enseñanza es sólo una condición necesaria, pero no suficiente, de la democratización educativa. «La igualdad de acceso no es la igualdad de oportunidades, pues ésta sólo puede concebirse como oportunidad de llegar al final. Y las oportunidades de llegar al final son muy desiguales. Prueba de ello es la distorsión sistemática observada entre el comienzo y el final de los diversos ciclos educativos en cuanto a la composición social de entrantes y salientes. El reconocimiento de estos hechos es lo que en Gran Bretaña ha llevado a enunciar el principio de la discriminación positiva, para asegurar la igualdad no sólo de acceso, sino también de permanencia en los diferentes ciclos educativos. Es decir, la eliminación, en la medida en que ello sea posible actuando sólo sobre el sistema educativo, de los condicionamientos que suponen el hogar superpoblado, la situación material de la familia y, sobre